

# El científico y el intelectual en la Sociedad Industrial

Juan DIEZ NICOLAS

## Introducción

Gerard de Gré, en su conocida obra sobre «La Ciencia como institución social», afirma que la posibilidad de que surgiese en la historia de la Humanidad un enfoque genuinamente científico no se produjo hasta que el hombre estuvo preparado para generalizar sobre sus experiencias, hasta que no logró formular abstracciones a partir del mundo de la experiencia concreta. La actividad científica se encuentra entre las instituciones terciarias, que están orientadas hacia el logro de un mayor grado de comprensión, apreciación y control de su mundo natural, social y privado, mediante los símbolos, los ritos, las ideologías y otras actividades intelectuales y creadoras. Se diferencia así de las actividades primarias, que como las instituciones familiares y de subsistencia, definen los modos establecidos de procedimiento sin los cuales ninguna sociedad sería capaz de mantenerse, y de las instituciones secundarias, como los sistemas económicos, las técnicas de control político y los sistemas de clases, que definen más claramente los marcos establecidos y las relaciones de poder que surgen de la formalización e institucionalización más estricta de las instituciones primarias (1).

Así pues, la ciencia es una actividad social como la «religión, la mitología, el arte o la filosofía, a través de la cual una sociedad interpreta el mundo cultural y natural» (2). Pero esta actividad social no se da aisladamente, sino que hay que entenderla en el contexto histórico y sociocultural concreto de cada sociedad. Esta tarea, sin embargo, escapa a los objetivos de este trabajo, pues correspondería más adecuadamente al análisis de la ciencia como institución social.

Tampoco voy a ocuparme aquí del tema más amplio de la sociología del conocimiento, en cuanto que se ocupa de las relaciones entre el saber y otros factores existenciales de la sociedad o de la cultura. Merton, en un magnífico artículo sobre este tema, ha señalado como «el análisis ideológico, la *Wissenssoziologie*, el psicoanálisis, el marxismo, el semanticismo, el análisis de propaganda, el paretianismo e incluso el análisis funcional tienen, a pesar de otras diferencias, un enfoque similar sobre el papel de las ideas» (3), consistente en «descartar el valor descubierto (*face value*) de las declaraciones, creencias y sistemas ideacionales, reexaminándolas dentro de un contexto nuevo que proporcione el «significado real» (4). El paradigma que utiliza para examinar el pensamiento de Scheler, Mannheim, Durkheim y Sorokin, es enormemente sugestivo, pero lamentablemente, las limitaciones de tiempo me obligan a circunscribirme a un tema más concreto.

Aquí quiero ocuparme de algunos aspectos relativos al «status» y al papel del científico y del intelectual en la sociedad industrial. En realidad, la distinción misma entre científico e intelectual será discutida, puesto que, adelantándome ahora a mi exposición posterior, considero que ambos se ocupan del descubrimiento y transmi-

(1) GERARD DE GRÉ: *Science as a Social Institution*, Random House. New York, 1955, págs. 1-3.

(2) *Ibid.*, pág. 3.

(3) ROBERT K. MERTON: "The Sociology of Knowledge", en *Social Theory and Social Structure*, The Free Press of Glencoe, 1963, pág. 458.

(4) *Ibid.*, pág. 458.

sión de conocimientos. Edgar Morin en un artículo en el que comenta dos libros de sendos Premios Nobel de Medicina en 1965, afirma que esos dos libros marcan el fin de la separación tradicional entre científicos y filósofos (5). Y yo me permitiría añadir que la distinción entre científicos e intelectuales sólo se ha encontrado en determinados enfoques interpretativos de la realidad social.

### Científicos e intelectuales

Al observar cualquier sociedad, señala De Gré, por rudimentaria que sea la división del trabajo, «podemos estar seguros de encontrar un pequeño grupo de personas cuya principal tarea, tal y como la definen su cultura y ellos mismos, es la de descubrir, sistematizar, elaborar, justificar, aplicar o diseminar conocimientos. Lo importante es, por otra parte, que aunque algunas de estas actividades no nos parezcan científicas en el sentido que ahora se da a ese término, sus respectivas sociedades creen que proporcionan conocimientos no sólo teóricos, sino eminentemente prácticos, capaces de controlar a las fuerzas naturales y sobrenaturales» (6). El científico, tal y como le encontramos en la sociedad industrial, se diferencia del mago porque no intenta controlar las fuerzas sobrenaturales, aunque ambos sean variedades de la especie gnóstica. El científico, pues, tendrá como principal función «la de descubrir nuevos hechos sobre el mundo natural y el medio biológico y social, así como sistematizar estos conocimientos en un sistema teórico coherente, y aplicarlos a la solución de problemas prácticos con los que se enfrentan hombres que viven en grupos sociales dentro de medios específicos y con objetivos vitales concretos» (7).

En mi opinión, esta definición de científico se asemeja mucho al concepto de intelectual, de «man of knowledge» u «hombre de conocimiento» de Znaniecki (8). De la misma forma Michels, en la edición de 1932 de la «Enciclopedia de Ciencias Sociales» define a los intelectuales como «aquellos individuos dotados de saber, o en una acepción más estrecha, aquellos cuyo juicio fundado sobre la reflexión y el conocimiento discurre menos directa y menos exclusivamente de una percepción sensorial que el juicio de los no intelectuales» (9). La definición que Aron utiliza tampoco parece excluir a los científicos (10). Ni los excluye Snow (11) cuando al referirse al gran avance tecnológico desde la revolución industrial, señala la ruptura de la vida intelectual en dos polos opuestos. Para este autor, la palabra intelectual incluye a científicos y a humanistas, y se lamenta de que entre los intelectuales literarios en un extremo y los científicos (y especialmente los físicos) en el otro, se esté abriendo un abismo de incompreensión mutua y a veces (especialmente entre los jóvenes) de hostilidad y desagrado, pero sobre todo, de falta de comprensión» (12). El «Diccionario Filosófico» publicado en Moscú incluye entre los intelectuales a ingenieros, técnicos, abogados, artistas, educadores y trabajadores científicos (13). Y finalmente, para no

(5) Los libros a que se refiere Morin son *Le Hasard et la Nécessité*, de JACQUES MONOD, y *La Logique du Vivant*, de FRANÇOIS JABOS. Véase EDGAR MORIN: «La révolution des savants», en *Le Nouvel Observateur*, 7-XII-70, págs. 55-68.

(6) GERARD DE GRÉ: *Op. cit.*, pág. 21.

(7) *Ibid.*, pág. 22.

(8) FLORIAN ZNANIECKI: *The Social Role of the Man of Knowledge*, Columbia University Press, New York, 1940.

(9) Citado por LOUIS BODIN y JEAN TOUCHARD: «Les Intellectuels dans la Société Française Contemporaine», *Revue Française de Science Politique*, vol. IX, núm. 4, dic. 1959.

(10) RAYMOND ARON: *L'Opium des Intellectuels*, Gallimard, París, 1968, págs. 281 y ss.

(11) C. P. SNOW: *The Two Cultures and the Scientific Revolution*, Cambridge University Press, New York, 1959.

(12) *Ibid.*, pág. 4.

(13) Citado en LOUIS BODIN: *Les Intellectuels*, Presses Universitaires de France, París, 1964, página 15.

alargar excesivamente la lista, Lipset considera como intelectuales a todos aquellos que «crean, distribuyen y aplican cultura, entendida ésta como el universo de los símbolos, incluido el arte, la ciencia y la religión» (14).

Sin embargo, gran número de autores prefieren utilizar una definición de intelectual que, en general, excluye al científico. Así, por ejemplo, Marsal ha señalado como por intelectual se suele designar al hombre de letras, al trabajador intelectual, a los creadores, distribuidores y aplicadores de la cultura, al ideólogo de clase, al preocupado por todo el proceso histórico, al tratante de ideas de segunda mano y al pensador. En su propia opinión, el «intelectual es aquel que generaliza el saber, en forma más o menos literaria, para un público más amplio que el de su círculo profesional» (15). Se trata de una definición muy próxima a la de Mills, quien incluye entre los intelectuales a aquellos que se dedican a la producción, distribución y consumo de estudios humanos, incluidos la literatura y el teatro, como actividades regulares (16). En otro lugar precisa que si el papel del intelectual es el de ser un innovador en estudios humanos y literatura, entonces el intelectual es aquel a quien «su riqueza o su profesión le permiten interesarse por ese papel y emplear mucho tiempo en representarlo» (17). Mills diferencia precisamente entre intelectuales, artistas y científicos, y en otro lugar, entre bohemios y cerebros (18). También Max Weber diferenciaba entre intelectuales y técnicos.

Para algunos autores, no es el ejercicio de una profesión ni la adquisición de una cultura determinada la que califica a un individuo como intelectual, sino su adhesión a ciertos valores, como la búsqueda de la verdad y la defensa de la justicia. Ejemplo típico de esta definición sería la que dan Bon y Burnier. Para ellos, «el intelectual es aquel que da cuenta de la sociedad de manera crítica, que es una contestación permanente, un espejo feroz que incita y ayuda a transformarla» (19). También Laín Entralgo afirma que el «intelectual es el hombre que profesional o vocacionalmente se consagra a la tarea de buscar, conquistar y exponer la verdad» (20). De forma similar se expresa Edgar Morin cuando afirma que la demarcación entre el trabajo manual y el trabajo intelectual es en sí misma demasiado vaga. Y continúa, «los intelectuales se definen a partir de las profesiones culturalmente valorizadas desde el punto de vista de la cultura humanística o clásica: escritores, artistas, docentes, abogados, médicos, en el límite. Por el contrario, técnicos e ingenieros, raras veces son considerados intelectuales. Además, la noción de intelectual corresponde no tanto a la profesión en sí misma como a un papel en la sociedad. A un médico en el ejercicio de su profesión no se le considera un intelectual, y sólo es así cuando firma un manifiesto o participa en un acto político» (21).

En mi opinión, parte de la confusión reinante en torno al concepto de intelectual proviene de que se ha ligado este término a profesiones concretas, y no a ciertos papeles sociales con unas funciones sociales específicas. Por otra parte, la publicación

(14) SEYMOUR M. LIPSET: "American intellectuals: their politics and status", *Daedalus*, 1959, páginas 460-486.

(15) JUAN FRANCISCO MARSAL: "Pensadores, ideólogos y expertos", *Revista de Occidente*, año V, 2.ª época, núm. 47, 1967, pág. 190.

(16) C. W. MILLS: "Arte, ciencia e intelecto" en *De Hombres Sociales y Movimientos Políticos*, siglo XXI, México, 1969, pág. 92.

(17) *Ibid.*, pág. 96.

(18) C. W. MILLS: "La gran fisión: el bohemio y el cerebro", en *ibid.*, págs. 131 y ss.

(19) FRÉDÉRIC BON y MICHEL-ANTOINE BURNIER: *Les Nouveaux Intellectuels*, Editions Cujas, París, 1966, págs. 19-20.

(20) *Cuadernos*, núm. 40, enero-febrero 1960.

(21) EDGAR MORIN: "Intelectuales: Crítica del mito y mito de la crítica", en E. MORIN, R. BARTHES, M. HEIDEGGER y otros: *La Cuestión de los Intelectuales*, Rodolfo Alonso Editor, Buenos Aires, 1969, pág. 95.

en 1898 del famoso «Manifiesto de los intelectuales», con ocasión del caso Dreyfus, contribuyó en buena parte a limitar la utilización del término a determinadas profesiones humanísticas, con exclusión de los científicos.

Uno de los problemas que desearía dilucidar desde el principio es el de si, independientemente de lo anterior, se puede considerar a los intelectuales como una clase social.

Mannheim ha diferenciado entre los conceptos de posición de clase, clase y conciencia de clase (22). En su opinión «vivimos en una época de creciente autoconciencia» (23), pero fue el proletariado el primer grupo que adquirió una conciencia de clase sistemática, mientras que la «intelligentsia» señala la última fase del crecimiento de la conciencia social (24). Pero la «intelligentsia» no constituye realmente una clase social, sino una capa intersocial. Precisamente, dirá Mannheim, «la clave de nuestra época del saber estriba en el hecho de que el hombre culto ya no constituye una casta o rango compacto, sino una capa social abierta» (25). La nueva «intelligentsia» no privilegiada y polarizada ofrece una multiplicidad de puntos de vista, reflejo de su variado trasfondo social. Así, pues, Mannheim, junto con Aron y Schumpeter, como ha señalado Marsal, ven a los intelectuales no como un estrato o clase, sino como un conjunto de individuos y grupos en permanente contienda entre sí mismos (26). Mills tampoco piensa que los intelectuales constituyan una clase, sino que más bien se encuentran en todas las clases.

Aunque es difícil encontrar ninguna calificación formal de los intelectuales como clase social, sí se encuentra entre los escritores marxistas y en otros que no lo son, cierta tendencia a considerarlos como una capa social. Fougeyrollas, en su análisis de la palabra intelectual, afirma que «los intelectuales tienden a formar, como reacción contra las inmorales, los arcaísmos y las irracionalidades de las sociedades existentes, un partido, una «Intelligentsia», como se ha expresado en Europa central y oriental» (27). Así, por ejemplo, Kanapa subraya los siguientes rasgos relativos a los intelectuales en la sociedad francesa: son originarios de la burguesía, por una parte y de las clases medias, en lo esencial; su condición no cesa de proletarizarse; sin embargo, su función es la de ser los portadores y difusores de la ideología de la clase dominante (28). De una manera similar, Bon y Burnier se refieren a que, «aunque todos los grupos sociales originan sus propios intelectuales, los que interesan son los de las clases sociales y más especialmente los de la burguesía, puesto que los intelectuales de la clase dominante son los intelectuales dominantes» (29). Morin, por su parte, considera que los intelectuales constituyen más un movimiento que un estado (30).

De todas formas, e independientemente de la definición que se haga del término intelectual, parece haber consenso respecto a que no constituyen una clase social. Como luego señalaré, la gran heterogeneidad de papeles sociales de los intelectuales, con sus diferencias de origen social, remuneración, prestigio, etc., haría imposible su consideración como clase social.

(22) KARL MANNHEIM: *Ensayos de Sociología de la Cultura*, Aguilar, Madrid, 1957. Véase en especial la Segunda Parte, dedicada a «El Problema de la Intelligentsia».

(23) *Ibid.*, pág. 137.

(24) *Ibid.*, pág. 150.

(25) *Ibid.*, pág. 171.

(26) J. F. MARSAL: *Op cit.*, pág. 192.

(27) PIERRE FOUGEYROLLAS: «La palabra intelectual», en E. MORIN, R. BARTHES, M. HEIDEGGER y otros, *op. cit.*, pág. 128.

(28) JEAN KANAPA: *Situation de l'intellectuel*, Paris, 1957, págs. 54 y 82. Citado por LOUIS BODIN, *op. cit.*, pág. 47.

(29) F. BON y M. A. BURNIER, *op. cit.*, pág. 28.

(30) E. MORIN: «Intelectuales...», *op. cit.*, pág. 95.

### El papel social del intelectual

En su conocida obra sobre «El papel social del intelectual», Znaniecki señala que este incluye cuatro componentes en interacción, a saber: **el círculo social** o conjunto de personas con quienes interacciona el actor y que estiman sus realizaciones; **la persona del actor**, es decir, las características físicas y psicológicas que se les atribuyen en virtud de su posición; **el status social del actor**, es decir, los privilegios e inmunidades que se le asignan como inherentes a su posición; y las **funciones sociales del actor**, esto es, sus contribuciones al círculo social (31).

El círculo social constituye la audiencia, en cierto modo la clientela que concederá a un actor concreto, si satisface determinadas características físicas y psicológicas, el status de intelectual. Dicho status incluirá ciertos derechos, entre ellos, el privilegio de ejercer ciertas actividades como miembro de una profesión, ciertos derechos territoriales, derechos a ciertos valores materiales, e incluso ciertos atributos ornamentales. Pero a cambio de los derechos que confiere ese status, el círculo social exigirá la realización de determinadas tareas mediante las cuales se satisfarán las supuestas necesidades de su círculo social, a comportarse hacia otros individuos de su círculo de manera que muestre su evaluación positiva de ellos (32).

Merton, al comentar el trabajo de Znaniecki, diferencia gran número de papeles sociales de los intelectuales, agrupándolos en las cuatro categorías de **asesores tecnológicos**, **sabios**, **estudiosos** o **scholars** y **creadores** de conocimiento o **exploradores** (33).

Entre los primeros incluye a los expertos tecnológicos y a los líderes tecnológicos, diferenciados en que los primeros asesoran y los segundos ejecutan tareas concretas.

Los sabios proporcionan una justificación intelectual de las tendencias colectivas de su partido, secta o estrato, y pueden ser clasificados en dos dimensiones, según sean conservadores o innovadores, y según sean apologistas de las tendencias existentes o idealistas con normas no contenidas en el orden existente o en el partido de la oposición. Ello da lugar a las cuatro categorías de «standpatter», opositorista, mejorador y revolucionario.

Por lo que respecta a los estudiosos o **scholars**, Merton diferencia entre los sagrados (perpetuadores de verdades sagradas mediante la reproducción exacta de sus expresiones simbólicas y mantenedores de un sistema cerrado, estable, indiscutible y sagrado de verdades inmutables), y los **scholars** seculares, entre los que incluye a los descubridores de verdades, sistematizadores, contribuyentes, luchadores por la verdad, y diseminadores de conocimientos (bien sean divulgadores o profesores).

Finalmente, entre los exploradores o creadores de conocimientos diferencia entre descubridores de hechos y descubridores de problemas (o teóricos inductivos).

Precisamente, en relación con estos dos últimos grupos, puede que sea interesante referirse a la clasificación que hace Mills sobre los tipos de hombres académicos. Refiriéndose a los Estados Unidos diferencia entre tres estilos de educación y cuatro tipos de hombres académicos: el **productor** o creador de ideas; el **mayorista**, que distribuye ideas a otros individuos académicos que las distribuyen a los estudian-

(31) F. ZNANIECKI: *Op. cit.*, págs. 13-19. Véase asimismo la discusión de R. K. MERTON: "The Social Role of the Man of Knowledge by Florian Znaniecki: A Review", *American Sociological Review*, vol. VI, núm. 1, 1941, págs. 111-115.

(32) F. ZNANIECKI: *Op. cit.*, págs. 13-19.

(33) Se resumen en los siguientes párrafos las ideas de R. K. MERTON: "The Social Role...", *op. cit.*, págs. 111-115.

tes; el **detallista**, que se ocupa sólo de la enseñanza; y el **consumidor**, que utiliza las ideas de otros mediante libros o conversaciones (34).

Añade además otros tres tipos característicos de algunos centros universitarios, como el **detallista especializado**, el **intelectual administrativo** y el **productor frustrado** (35). En estos centros, afirma Mills, como los estudiantes sujetos a este estilo académico no reciben una enseñanza de profesores investigadores, no adquieren un sesgo investigador hacia los problemas, lo cual hace que aprendan a comprender los libros más que a usarlos; no adquieren el hábito de traducir proposiciones generales a cuestiones empíricamente resolubles; no se inclinan a la investigación, sino que suelen ser extremadamente verbalistas; se orientan más hacia los libros que hacia su propia experiencia directa, y no sabrían decir lo que piensan si no pueden vestirlo con el lenguaje de algún autor.

Existen otras clasificaciones similares de los papeles sociales del intelectual, como la de Cartault, en la que se distingue entre el erudito, el compilador, el profesor, el creador, el vulgarizador y los creadores estéticos (36). También Aron afirma que toda sociedad ha tenido sus **expertos**, incluidos los juristas que «ponían a disposición de los príncipes o de los ricos el conocimiento de los textos y el arte de la disputa, y los sabios que descifraban los secretos de la naturaleza y enseñaban a los hombres a curar las enfermedades o a vencer sobre el campo de batalla; los **letrados**, que transmitían o enriquecían la herencia de la cultura, y los **escribas**, que poblaban las administraciones públicas y privadas» (37).

Mannheim, por su parte, se ha referido a los papeles históricos de la «Intelligentsia», y menciona a este respecto las organizaciones medievales de artistas; los poetas, juglares y cómicos; los trovadores y **minnesingers**; el clero; los humanistas y maestros cantores; las sociedades típicas del renacimiento; los salones de minorías cultas típicas de la Ilustración; y los cafés, como productos posteriores más democráticos (38).

Parsons se ha ocupado asimismo del papel de los científicos y los intelectuales cuando se plantea el problema del papel de las ideas al estudiar la relación entre los sistemas de creencias y el sistema social. El papel del científico, en su opinión, «es un papel técnico, de forma que sus intereses y procedimientos especializados no tienen utilidad excepto para sus propios fines especializados. El conocimiento que posee apenas si es accesible al lego, de manera que el último juicio sobre él debe descansar sobre sus colegas profesionales» (39). Esta falta de comunicación impone ciertas dificultades, puesto que el científico depende, en última instancia, del apoyo del lego. Para Parsons, la institucionalización del papel del científico en la sociedad moderna incluye su integración dentro de la tradición cultural y dentro de su estructura institucional, a saber, en la Universidad. «El papel que ocupa el científico, con su centro de gravedad en la Universidad, constituye una parte integral del sistema ocupacional general, y por ello, es un papel profesional, caracterizado, por tanto, por la universalidad, la neutralidad afectiva, la especificidad, la orientación hacia el logro, y la orientación hacia la colectividad en lugar de hacia sí mismo» (40). Si el papel del

(34) C. W. MILLS: "Tipos de hombres académicos: la educación estilo Chicago", en *De hombres sociales y movimientos políticos*, op. cit., págs. 175 y ss.

(35) El artículo de Mills constituye un continuo ataque a la Universidad de Chicago, aunque esas críticas podrían ser también dirigidas a muchas otras latitudes, especialmente a ciertos sectores de nuestra propia Universidad.

(36) A. CARTAULT: *L'intellectuel. Etude psychologique et morale*, Alcan. Paris, 1914. Traducción española, *El Intelectual*, Jorro, Madrid, 1929.

(37) E. ARON: *Op. cit.*, pág. 281.

(38) K. MANNHEIM: *Op. cit.*, págs. 191 y ss.

(39) TALCOTT PARSONS: *The Social System*, The Free Press, Glencoe, Ill., 1950, pág. 335.

(40) *Ibid.*, pág. 343.

científico estuviese orientado hacia sí mismo se producirían por lo menos dos disfunciones importantes. En primer lugar, y teniendo en cuenta que «saber es poder», sus descubrimientos, si no estuviesen controlados, le pondrían en posición de interferir en los intereses y sentimientos de los demás. En segundo lugar, la «monopolización» del saber impediría o al menos retardaría los avances de la ciencia.

En cuanto al papel de los intelectuales en el sistema social, Parsons afirma que su presencia es posible e importante sólo cuando existe un sistema cultural muy elaborado en el área de las creencias. «La ciencia, la ciencia aplicada, la ideología, la filosofía y las creencias religiosas, están necesariamente articuladas entre sí y en cierto modo se interpenetran. La institucionalización de cualquiera de estos tipos de interés cognitivo, en papeles relativamente especializados, sólo es posible con la presencia de una «penumbra» de creencias y personas que las mantienen y/o están interesadas en ellas, aunque no pertenezcan totalmente al tipo de papel» (41).

En mi opinión, es precisamente la gran variedad de papeles sociales de los intelectuales, junto con la gran especialización y tecnificación de algunos de ellos lo que ha llevado a ese progresivo distanciamiento entre científicos y otros intelectuales. Durante mucho tiempo, en efecto, el hombre culto podía estar relativamente al corriente de los conocimientos existentes en el campo de las ciencias físicas y naturales y de las humanidades. Pero la continuada especialización y tecnificación de las primeras provocó una creciente falta de comunicación entre estos expertos y el público en general, que, sin embargo, podía seguir comprendiendo, o creyendo comprender, los conocimientos proporcionados por los humanistas.

Dos factores, creo yo, han contribuido a que se sienta nuevamente la necesidad de considerar conjuntamente a científicos e intelectuales como un sólo grupo de intelectuales, independientemente de la multiplicidad de papeles específicos que, como los ya mencionados, se quiera diferenciar. Estos dos factores serían la aparición de las ciencias sociales y la creciente importancia adquirida por los científicos en sentido estricto, especialmente los físicos y los bioquímicos.

En efecto, la aparición en escena de los científicos sociales, con su adopción de una metodología y unas técnicas muy similares a las de los demás campos científicos, han tendido un puente entre las tradicionales ciencias y humanidades. Si se adoptase la distinción mencionada de Mills entre científicos, artistas e intelectuales, ¿dónde se situaría al psicólogo, al economista, al urbanista, al sociólogo? No estoy seguro de que la decisión fuese fácil de adoptar.

Por otra parte, la creciente importancia de los científicos *sensu-strictu*, no sólo por el rápido desarrollo tecnológico, sino porque los problemas planteados por sus actuaciones, como la exploración del universo, la posibilidad de crear vida artificialmente en los laboratorios, la posibilidad de destruir toda la vida sobre la tierra mediante la energía atómica o, menos espectacularmente, mediante las diversas formas de contaminación y degradación del medio humano, han puesto al público en estado de alerta respecto a sus actividades. Hoy se reconoce nuevamente que el científico tiene una responsabilidad moral en su actuación, y el propio científico, al hacerse consciente de esta responsabilidad, se aproxima a la tradicional concepción del humanista.

Por eso, vuelvo a insistir, creo que en la actualidad es difícil considerar a los científicos y a los intelectuales como grupos separados. En realidad, los intelectuales proceden de entre los científicos y de entre los humanistas, pero no se pueden identificar con el ejercicio de papeles profesionales concretos. Yo creo que la característica peculiar del intelectual es su toma de conciencia de una responsabilidad ante

(41) *Ibid.*, pág. 366.

la sociedad, de una toma de conciencia sobre las implicaciones que sus acciones pueden tener respecto a su sociedad. En este sentido, un físico y un profesor de economía pueden ser intelectuales, pero no todos los físicos ni todos los profesores de economía tienen por qué ser así calificados.

### Tensiones y conflictos del papel de intelectual

Son varios los ámbitos y niveles en que se pueden detectar tensiones y conflictos ligados al ejercicio del papel de intelectual. Por una parte, existen ciertos problemas de neurosis que suelen ser característicos de la carrera científica. Kubie ha señalado, en este sentido, que «la Ciencia en abstracto y los científicos como seres humanos, pagan muy caro el hecho de que durante la preparación de los jóvenes para una vida dedicada a la investigación científica se pasan por alto sus problemas emocionales» (42). Una de las distorsiones más frecuentes del impulso creador a causa de las fuerzas neuróticas es la que Kubie denomina impulso por la «originalidad» (43), que Merton ha denominado «síndrome de eureka» (44), y Mills ha bautizado como «impulso hacia el estrellato» (45), reflejo de una neurosis competidora. Otra de las manifestaciones típicas consiste en embarcarse en tareas de larga duración que postponen indefinidamente la verificación de las hipótesis, o el retraso intencionado a independizarse y responsabilizarse, lo cual lleva a la continua búsqueda de un maestro o, como ocurre con demasiada frecuencia en nuestro país, a la realización de carreras y cursillos sucesivos con el fin de perpetuar el «status» de estudiante, eludiendo así la incorporación al trabajo profesional.

Otros tipos de tensiones se refieren a la realización misma de su papel. Merton, por ejemplo, se refiere a algunas de ellas en un interesante trabajo sobre la «Ambivalencia de los científicos». Afirma que el científico: 1) debe dar a conocer sus descubrimientos con rapidez, pero evitando la tendencia a precipitarse; 2) debe evitar ser víctima de las novedades intelectuales, pero conservarse flexible ante las nuevas ideas; 3) debe esforzarse porque sus nuevos conocimientos científicos sean altamente apreciados, pero trabajar sin pensar en la estima de los demás; 4) no debe alegar derechos a los nuevos conocimientos hasta que hayan sido razonablemente discutidos, pero debe defender sus nuevas ideas frente a toda oposición; 5) debe conocer la labor de otros científicos, pero evitar que la erudición embrutezca su trabajo creador; 6) debe prestar atención a los detalles, pero evitar la exactitud excesiva del pedante; 7) debe creer que el conocimiento científico es universal, pero recordar que todo descubrimiento científico honra a la nación que lo ha alentado; 8) debe aceptar como obligación principal la de preparar a las nuevas generaciones, pero impedir que la enseñanza frene su capacidad investigadora; 9) debe ser aprendiz de un buen maestro, pero hacerse hombre por sí mismo, luchando por su autonomía (46).

Otras tensiones y conflictos suelen tener relación con la existencia de una jerarquía científica. Aparte de la posición que los científicos, como categoría, puedan ocupar en la sociedad, y que, por supuesto, influirá en la imagen que el científico ad-

(42) LAWRENCE S. KUBIE: "Some unresolved problems of the scientific career", en M. STEIN, A. J. VIDICH y D. M. WHITE (eds.), *Identity and Anxiety*, The Free Press of Glencoe, Ill., 1960, página 242.

(43) *Ibid.*, pág. 250.

(44) "Cuando un científico ha hecho un verdadero descubrimiento, se siente todo lo feliz que puede serlo un hombre de ciencia. Pero el colmo del regocijo no hace sino ahondar la caída en la desesperación si le arrebatan el descubrimiento". R. K. MERTON: "La ambivalencia de los científicos", *Revista de Occidente*, segunda época, año II, núm. 10, pág. 64.

(45) C. W. MILLS: "El poder y el trabajador cultural", en *De Hombres Sociales...*, op. cit., página 153.

(46) R. K. MERTON: "La ambivalencia de los científicos", op. cit., págs. 45-47. Véase asimismo R. K. MERTON: "Resistance to the Systematic Study of Multiple Discoveries", *Archives Europeennes de Sociologie*, IV, núm. 2, 1963, págs. 237-282.



quirirá de sí mismo, existe también toda una jerarquía establecida, con sus sistemas propios de reclutamiento, promoción, recompensas y sanciones, que producen sus correspondientes tensiones individuales y sociales. La jerarquía entre los científicos se observa, por otra parte, a nivel nacional e internacional. Por otra parte, cada una de las secciones del aparato cultural, como las denomina Mills, tiene sus criterios propios para definir y valorar a sus propios trabajadores y a los de otras secciones, lo cual suele producir ciertas ambigüedades y tensiones por contradicción entre las valoraciones de unas secciones y otras, como por ejemplo, la paradoja de que determinado médico sea muy estimado en los medios humanísticos, pero no entre sus colegas, o el economista o el sociólogo que son valorados por otros grupos de profesionales y no por los suyos propios.

Existen también fuentes de tensión a causa de la falta de comunicación entre intelectuales y legos, que pueden producir, como dice Parsons, problemas de control y focos de ansiedad, derivados de tener que hacer cosas que afectan a otros y de las implicaciones que pueden tener los resultados de su trabajo (47).

Otra fuente de tensiones es la que se deriva de la relación entre los intelectuales y los ejecutivos de los gobiernos a los que, con creciente frecuencia, asesoran. Meynaud y Schröder afirman que muchos científicos se quejan de que sus opiniones no se tienen lo suficientemente en cuenta, aunque, por otra parte, parece claro que sus consejos pesan bastante en las deliberaciones y decisiones (48).

Finalmente, existen tensiones por lo que respecta a la imagen pública del intelectual y especialmente del científico. Esta imagen suele ser ambivalente. Es cierto que, en general, se valora muy positivamente su papel social. Así, por una parte, se le considera, como señala Parsons, como un realizador de milagros que es capaz de realizar cosas increíbles (49), pero, al mismo tiempo, se le considera responsable de muchas de las amenazas que acechan a la Humanidad, en cuanto que guardián de una terrible caja de Pandora cuyos secretos pueden provocar grandes calamidades. Hoy se mira al científico con admiración y con recelo. Merton se ha referido a dos fuentes de hostilidad hacia la ciencia: la conclusión lógica, aunque no necesariamente correcta, de que los resultados o métodos de la ciencia son dañinos para la satisfacción de valores importantes, y la existencia de ciertos elementos no lógicos. En realidad, esto enlaza con el tema más general del antiintelectualismo (50).

Aparte del conocido trabajo de Hofstadter sobre el «Antiintelectualismo en la vida americana» (51), Brinton ha ofrecido una interesante taxonomía de esta corriente de pensamiento en un artículo titulado «Sobre la discriminación de los antiintelectualismos» (52). Diferencia entre tres clases de antiintelectualismo, que denomina simplemente con los numerales 1, 2 y 3. El primer tipo es el que considera que el proceso de razonamiento es más complicado de lo que parecía, y que el instrumento de pensar no tiene importancia en la mayoría de las personas, y especialmente en las masas. Los antiintelectualistas del segundo tipo son los que desearían un mundo limitado al libre juego del instinto, de la libido y de los impulsos; son los partidarios de la fuerza sobre la inteligencia, los que gritan ¡muera la inteligencia!; los fascismos suelen impulsar este tipo de antiintelectualismo. Los antiintelectuales del tercer tipo son los

(47) T. PARSONS: *Op. cit.*, págs. 338 y ss.

(48) JEAN MEYNAUD y BRIGITTE SCHRÖDER: *Les Savants dans la Vie Internationale*, Etudes de Science Politique, Lausanne, 1962.

(49) T. PARSONS: *Op. cit.*, pág. 340.

(50) R. K. MERTON: "Science and the Social Order", en *Social Theory and Social Structure*, *op. cit.*, pág. 537.

(51) R. HOFSTADTER: *Antiintellectualism in American Life*, Alfred Knopf, New York, 1963.

(52) CRANE BRINTON: "On the discrimination of antiintellectualisms", en C. BRINTON (ed.), *The Fate of Man*, George Braziller, New York, 1961, págs. 304 y ss.

que están en contra de las clases educadas convencional o liberalmente, suelen recelar de la Universidad y de las profesiones liberales; son los cazadores de brujas, que pueden ser ejemplificados por el macarthysmo.

El propio científico es consciente de su creciente responsabilidad para la sociedad, conciencia que se desarrolló muy especialmente a consecuencia del descubrimiento de la energía atómica o de la posible manipulación de las masas, por citar sólo dos ejemplos. Pero, por si no lo fuera, ahí están otros intelectuales como Mills, o Bertrand Russell (53), o Chomsky (54), por citar sólo unos ejemplos, para recordárselo. Así, Mills, en una conferencia pronunciada ante una audiencia de científicos les decía: «Ninguno de ustedes va a ser meramente un científico o un ingeniero. No van a ser ustedes meramente partes de la mente racional y de la espléndida continuidad del experimento empírico. Quiéranlo o no, ustedes van también a formar parte del gran terror» (55). Einstein, por su parte, se ha referido en distintas ocasiones a las obligaciones morales del científico, además de las correspondientes a los políticos, por su puesto.

Pero, ¿qué alternativas tiene el científico? Según Meynaud y Schröder (56), pueden renunciar a la investigación, rehusar a cooperar, o colaborar bajo ciertas reservas. Otras alternativas, más activas, serían sus intervenciones epistolares o verbales a nivel nacional e internacional, acudiendo a las autoridades competentes o intentando movilizar a la opinión pública. Podríamos decir, con Rosenberg, que los intelectuales son hoy conscientes y están desilusionados de su propio papel (57).

### La función social del Intelectual

Como ya he señalado antes, una de las funciones generalmente asignadas al intelectual es precisamente la de dar cuenta de su sociedad de manera crítica. Esta idea se encuentra con frecuencia en el pensamiento marxista, aunque no exclusivamente, debido al papel que asignan al Intelectual como ideólogo.

Sin embargo, también existen interpretaciones diferentes dentro del propio pensamiento marxista. Bon y Burnier, en la obra citada (58), señalan como Kautsky advertía del antagonismo social entre intelectuales y proletariado, antagonismo que, por supuesto, era diferente del existente entre capital y trabajo (59). También Lenin considera a los intelectuales como pequeños burgueses por su individualismo (60). Existe, pues, una cierta tendencia a considerar a los intelectuales como enemigos del proletariado, pues en cuanto que ideólogos, «su función consiste en justificar y enmascarar la opresión de la clase dominante sobre las clases explotadas, y mistificar a éstas para impedir la revolución» (61).

En el «Manifiesto comunista», de Marx y Engels, se puede encontrar, sin embargo, una concepción de los intelectuales como parte del proletariado. Se dice, en efecto, que de igual forma que, en otro tiempo, una parte de la nobleza pasó a la burguesía, en nuestros días, una parte de la burguesía pasa al proletariado, y, especialmen-

(53) BERTRAND RUSSELL: *El impacto de la Ciencia en la Sociedad*, Aguilar, Madrid, 1967.

(54) NOAN CHOMSKY: *La Responsabilidad de los Intelectuales*, Ariel, Barcelona, 1969.

(55) C. W. MILLS: "El científico norteamericano: hoy y mañana", en *De Hombres Sociales...*, op. cit., pág. 262.

(56) J. MEYNAUD y B. SCHRÖDER: *Op. cit.*

(57) H. ROSENBERG: "America's Post Radical Critics", en C. BRINTON (ed.), *The Fate of Man*, op. cit., págs. 314-318.

(58) F. BON y M. R. BURNIER: *Les Nouveaux Intellectuels*, op. cit., págs. 21 y ss.

(59) K. KAUTSKY: "Franz Mehring", *Neue Zeit*, XXII, 1, S. 101-103, 1903, núm. 4.

(60) V. LENIN: "Un Pas en Avant, Deux Pas en Arrière", en *Oeuvres Choisies*, Moscú, 1963 (3 vols.), tomo I, págs. 431-432 y 376-377.

(61) F. BON y M. A. BURNIER: *Op. cit.*, pág. 23.

te, la parte de los ideólogos burgueses que se han elevado hasta la «intelligentsia» teórica del conjunto del movimiento histórico» (62).

Parece ser que fue Gramsci el primer marxista que no define a los intelectuales por su trabajo o sus ideas, sino por su situación en la sociedad (63). La función social de los intelectuales, según este autor, sería la de proporcionar al grupo social la conciencia de su propia función y su homogeneidad. Los intelectuales se organizan jerárquicamente, de forma que un grupo de ellos les proporcionará su propia homogeneidad y conciencia de su propia función; éstos serán los intelectuales de los intelectuales, es decir, los ideólogos (64). Los intelectuales-ideólogos producirán, pues, las ideas que posteriormente serán transportadas, vulgarizadas y adaptadas por el estrato intelectual. Touchard habla de la pirámide ideológica, y señala que, en el quinto piso se encuentran los doctrinarios; en el cuarto, los hombres de estado; en el tercero, los «retratos-robot»; en el segundo, la masa; y en el primero, las ideologías no formuladas y las representaciones colectivas (65).

Michel Mazzola, señala como, durante mucho tiempo, «el universo de los intelectuales europeos ha sido el del **logos**, ya se trate de Platón, de Aristóteles, de Santo Tomás o de los enciclopedistas» (66), pero es a Marx a quien correspondió aclarar las relaciones entre el **logos** y la **praxis**. Para Marx, los ideólogos de la clase dominante tienen como función la defensa del **status** que para lo cual tienen que justificar, mediante el **logos**, las contradicciones de la sociedad. El intelectual, a su vez, tiene una función crítica y objetadora de su sociedad, pero sigue manteniéndose al nivel del **logos**. En sus propias palabras, «el ideólogo que se considera la conciencia de su tiempo no es más que la forma abstracta del hombre convertido en extraño a sí mismo y que se da como la medida misma del mundo» (67). Se llega así al concepto de alienación del intelectual en Marx. El intelectual, al realizar su actividad, se exterioriza a sí mismo en una realidad falsamente objetiva, se proyecta ideológicamente fuera de sí mismo.

El intelectual se nos aparece así como un marginado social, extraño a su sociedad, descontento con su posición pero incapaz de superarla (68). Por eso, señala Mazzola, «el papel del intelectual en la sociedad burguesa es esencialmente ambiguo, ya que, si la sociedad desautoriza en el terreno social y político a este individuo marginal, lo reivindica e inclusive lo recupera en el terreno cultural. Esta tolerancia fuerza al intelectual a desempeñar un papel ambivalente: habituado a la ineficacia de su rebelión, termina por valorizarla, tematizarla como rebelión pura, como puro movimiento del alma, y por convertirse en un «alma hermosa» hasta el punto de llegar, en nombre de la rebelión pura, a rechazar la rebelión real» (69).

Por eso Marx afirma que el intelectual no debe quedarse en el **logos**, sino aliarse con la **praxis**, participar y ayudar a la revolución (70). Su función debe ser, según él, teórico-práctica. En Lenin esta concepción se precisa aún más. El intelectual debe tomar partido por la clase obrera contra la burguesía, debe unirse al partido de la clase obrera y militar en él (71).

(62) K. MARX y F. ENGELS: *Manifiesto del Partido Comunista*, citado por F. BON y M. A. BURNIER, *op. cit.*, pág. 23.

(63) F. BON y M. A. BURNIER: *Op. cit.*, pág. 24.

(64) *Ibid.*, págs. 31-32.

(65) J. TOUCHARD: *Le mouvement des idées politiques dans la France contemporaine*, cours. I. E. P., por J. TOUCHARD, R. GIRARDET y R. RÉMOND, 1960-1961, pág. 10.

(66) MICHEL MAZZOLA: "Del intelectual en Marx al marxismo de los intelectuales", en E. MORIN, R. BARTHES, M. HEIDEGGER y otros, *op. cit.*, pág. 59.

(67) *Ibid.*, pág. 61.

(68) *Ibid.*, págs. 61-62.

(69) *Ibid.*, págs. 62-63.

(70) *Ibid.*, pág. 63.

(71) *Ibid.*, pág. 66.

Ahora bien, es fácil darse cuenta de la contradicción que esto implica, ya que, si el intelectual milita en el partido, su función será la de justificar el poder del partido, perdiendo así su función crítica y de objeción. Este es el drama del intelectual marxista y pseudomarxista al que se refiere Mazzola: «desesperados por el mito de la clase redentora que los lavaría de su tarea de intelectuales, creen recuperar la autenticidad identificándose con el partido que se refuta encarna a la clase obrera. Sometidos a una politización total y a las pretensiones insoportables de una acción que pretende haber integrado al **logos**, cuando en realidad lo destruye, ciertos intelectuales creen huir del pensamiento sin acción, pero se vuelven a encontrar en una acción sin pensamiento, que considera a la eficacia criterio de verdad y que confunde oportunismo con dialéctica» (72).

Esta misma idea respecto a la contradicción existente entre el intelectual y el militante en un partido, se encuentra también en un artículo de Daniel Guée. Según él, «el intelectual que, queriendo obrar con eficacia elige la acción política, en el interior, por ejemplo, de un partido, caerá infaliblemente bajo los efectos de un nuevo chantaje. Siempre se podrá pedirle, en efecto, que se despoje de su autonomía de intelectual para convertirse en un militante. Pero, si sacrifica el intelectual al militante, perderá entonces su motivación y su justificación personales» (73).

Fougeyrollas aclara, en cierto modo, este dilema del intelectual. Afirma, como los autores anteriormente citados, que toda inserción social y política del intelectual es insostenible. «Si se vincula sin reservas a una causa se encontrará en camino de traicionar las exigencias de verdad y de universalidad que son consustanciales a él. Si retorna a la libertad después de un tiempo de vinculación, se le tendrá como renegado por los censores de la política. Si se niega, por último, a toda vinculación y a todo compromiso, se le tachará de asexualidad cívica» (74). Pero, entre la torre de marfil de la especialización y el ingreso en la religión política como militante, el intelectual tiene otras opciones, como la de desempeñar, en política, el papel de experto (75).

En mi opinión, la función del ideólogo es una de las que puede cumplir el intelectual, pero no la única. Por otra parte, no estoy de acuerdo con que los intelectuales sean necesariamente de «izquierdas» o de «derechas». No nos engañemos, todos los grupos políticos tienen sus intelectuales, intelectuales que, por el simple hecho de militar en un partido, abdican, en cierto modo, de su función crítica. Recuerdo que desde que la escuché por primera vez me impresionó mucho la famosa exclamación de Unamuno pidiendo no ser encasillado. Esa es, en mi opinión, la auténtica función del intelectual, la de ejercer la crítica de su sociedad sin encasillamientos ni compromisos de ningún tipo, sometido únicamente a sus propios errores. Por supuesto que esta independencia le acarrearán las iras de reaccionarios y revolucionarios, como señala Gilbert Mury en su libro «Intelectuales y lucha de clases», pero lo contrario sería traicionar su propia condición (76).

Pero la función crítica y objetante no es la única que parece ser asignada a los intelectuales. Bon y Burnier nos recuerdan que tradicionalmente han ejercido dos funciones: el poder y el saber. El saber da acceso al poder y viceversa, puesto que sabios y poderosos han sido educados en las mismas instituciones. Los intelectuales liberales, anteriores a la revolución científica y técnica, se correspondían casi íntegramente

(72) *Ibid.*, pág. 68.

(73) DANIEL GUÉE: "Inteligencia y Pensamiento", en E. MORIN, R. BARTHES, M. HEIDEGGER y otros, *op. cit.*, pág. 17.

(74) PIERRE FOUGEYROLLAS: *Op. cit.*, pág. 129.

(75) *Ibid.*, págs. 129-130.

(76) GILBERT MURY: *Intellectuels et lutte de classes*, Cercle d'éducation Populaire, Bruxelles, 1964.

con los miembros de ciertas profesiones. Pero estos intelectuales liberales han sido sucedidos no por una, sino por dos nuevas categorías de intelectuales: los tecnócratas, que han heredado fundamentalmente la función del poder, y los técnicos, que han heredado especialmente la función del saber (77).

Independientemente de que se diga, con Baumgartner, que los tecnócratas son los técnicos con los que uno no está de acuerdo (78), es posible reconocer hoy la existencia de una tecnocracia de Estado en casi todas las naciones desarrolladas. Bon y Burnier señalan que, según los tecnócratas, «la tecnocracia sólo es la representación de un interés general y racional en una sociedad en que desaparece la lucha de clases o, por el contrario, el embrión de una nueva clase social dominante» (79). El estrato intelectual tecnocrático «sirve al sistema social existente no en el sentido de que vaya a «aceptar sus órdenes», sino porque contribuye a la construcción y al porvenir del sistema ordenándolo e iluminándolo. Es su conciencia y su organización» (80). La ideología tecnocrática concede prioridad a los problemas económicos; se presenta como una visión global de la sociedad; se define como una apología de la función técnica; opone su eficacia e intransigencia al idealismo o a los compromisos políticos; considera como secuelas del pasado a todo hecho o teoría que la contradicen; hace un esfuerzo de asimilación; es pluralista y ecléctica; niega todas las contradicciones sociales existentes; afirma que no es preciso nacionalizar la propiedad privada, sino sólo controlarla, y muy especialmente, se opone a la constitución formal de grupos intermedios (81).

«Los intelectuales técnicos, como los intelectuales tecnócratas, son a la vez productos y agentes de una misma mutación social. Cronológicamente, la ascensión al poder de los tecnócratas es anterior al desarrollo de las élites técnicas, que son el producto de cambios económicos y sociales desiguales según las ramas de la producción y los sectores de la vida social» (82). Pero los intelectuales técnicos no suelen alcanzar ninguna posición de poder de decisión, sino que suelen encontrarse en posiciones de asesoramiento, sometidos a los tecnócratas.

En cuanto a los antiguos intelectuales liberales, subsisten junto con los técnicos y tecnócratas, pero con un poder social muy disminuido a causa de su alejamiento del poder. Quedan así, en cierto modo, limitados al mero ejercicio de su profesión.

### Intelectuales y Sociedad

Diversos estudios se han ocupado de la situación de los intelectuales en diferentes sociedades (83).

(77) F. BON y M. A. BURNIER: *Op. cit.*, pág. 112.

(78) Citado en *ibid.*, pág. 150.

(79) *Ibid.*, pág. 161.

(80) *Ibid.*, pág. 174.

(81) *Ibid.*, págs. 308 y ss.

(82) *Ibid.*, pág. 195.

(83) E. A. SHILS: "The intellectuals in the political development of the news states", *World Politics*, XII, 3, 1960; M. GORKY: "The responsibility of Soviet intellectuals", en G. B. HUSZAR, *The Intellectuals: A Controversial Portrait*, The Free Press, Glencoe, 1960; R. KIRK: "The American intellectual: A conservative view", en G. B. HUSZAR, *ibid.*; J. FRIEDMAN, "Intellectuals in developing societies", *KyKlos*, XII, 1960; JUAN F. MARSAL: "Latin American intellectuals and the problem of change", *Social Research*, vol. 3, núm. 4, 1966; JUAN F. MARSAL, "Pensadores, ideólogos y expertos", *op. cit.*; JUAN F. MARSAL y MARGERY J. ARENDT, "The right-wing intelligentsia in Argentina: An analysis of its ideology and political activity", *Social Research*, vol. 37, núm. 3, 1970; B. M. BERGER, "Sociology and the intellectuals: An analysis of a stereotype", en S. M. LIPSET y N. S. SMELSER (eds.), *Sociology: Progress of a Decade*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, N. J., 1961; F. A. BARAN, "The commitment of the intellectual", *Monthly Review*, mayo 1961; F. A. HAYEK, "The intellectuals and socialism", en G. B. HUSZAR, *op. cit.*; J. A. SCHUMPETER, "The sociology of the intellectuals", en G. B. HUSZAR, *op. cit.*; J. P. HARRISON, "The role of the intellectual in fomenting change: The university", en J. J. PASKE y S. NETTLETON (eds.), *Explosive Forces in Latin America*, Ohio State University Press, 1964; T. GEIGER, "Intelligentsia", *Acta Sociológica*, I (1), 1955.

Quisiera, sin embargo, referirme en particular a uno de los ensayos que me parecen más útiles, puesto que analiza la situación de los intelectuales en diversos países de manera comparativa. Me refiero, por supuesto, al estudio de Aron «El opio de los intelectuales» (84). Comenzando por Francia, señala la paradoja de que se suela considerar a este país como el paraíso de los intelectuales, mientras que éstos tienen la reputación de ser los más revolucionarios. El intelectual francés parece detestar una sociedad: la suya, que sin embargo le ha encumbrado en prestigio hasta un nivel tan alto o superior que al hombre de estado. La razón de estas quejas, dirá Aron, parecen tener su origen en que el intelectual no cree tener suficiente influencia sobre la política del país.

Por el contrario, los intelectuales norteamericanos, siempre en opinión de Aron, no reciben ese buen trato por parte de su sociedad, que ensalza más al experto que al hombre de letras. Sin embargo, terrible paradoja, mientras que Francia ensalza a sus intelectuales, que la repudian, Norteamérica carece de indulgencia para con los suyos, que sin embargo la ensalzan.

En cuanto a Gran Bretaña, afirma Aron, es probablemente el país que ha tratado a sus intelectuales de forma más razonable. Discute asimismo la situación de los intelectuales japoneses, de quienes afirma que, por haber seguido el modelo francés, se encuentran alienados y sufren por creer que no tienen suficiente poder sobre el curso de los acontecimientos (85). La de los hindúes; educados en el modelo británico, que crea hábitos en lugar de elaborar doctrinas, y que por consiguiente no se sienten ya ligados a nada, no se satisfacen con opiniones, sino que buscan certezas, un sistema, y acaban por encontrar su opio en la Revolución (86). Y, finalmente, se refiere a la inteligencia de la izquierda, que comenzó por la reivindicación de la libertad y terminó por plegarse a la disciplina del partido y del Estado (87).

Las pinceladas anteriores creo que describen adecuadamente lo esencial del análisis comparativo de Aron. En general, su descripción es relativamente aceptable. Quisiera, sin embargo, añadir que, por lo que respecta al intelectual norteamericano, no es todo conformismo y ensalzamiento de su sociedad, de la misma forma que un buen número de intelectuales franceses se sienten complacidos de su propia sociedad. Así, por lo que respecta a la sociedad norteamericana, Mills ha afirmado que la verdadera traición de los intelectuales se basa hoy en el carácter burocrático de su sistema cultural, en que no controlan ellos mismos los usos que se hacen de ellos y de su trabajo. «Lo que ahora tienen ante sí los intelectuales en la sociedad superdesarrollada es la expropiación de su aparato cultural mismo» (88). Por su parte, Remond, refiriéndose a Francia, señala que la intervención de los intelectuales es natural y solicitada, que existe un culto a la inteligencia y que tienen una posición privilegiada en la política nacional (89).

Yo diría, en primer lugar, que en toda sociedad hay gran variedad de intelectuales, lo que permite afirmar que participan mucho y no participan lo suficiente, dependiendo de a qué grupo de intelectuales nos refiramos. Por una parte, coincido con Aron al afirmar que los intelectuales desconocen realmente su influencia, pues al final, los hombres políticos retienen las lecciones de los profesores o de los escribanos.

Creo, asimismo, que en toda sociedad se pueden diferenciar, como hace Mills,

(84) R. ARON: *L'Opium des Intellectuels*, op. cit.

(85) *Ibid.*, pág. 340.

(86) *Ibid.*, págs. 350-352.

(87) *Ibid.*, pág. 385.

(88) C. W. MILLS: "Sobre la vieja izquierda", en *De hombres sociales...*, op. cit., pág. 58.

(89) R. REMOND: "Les intellectuels et la politique", *Revue Française de Science Politique*, vol. IX, núm. 4, dic. 1959

por lo menos cuatro grupos de intelectuales, según estén o no en el sistema, y según estén o no a favor de él (90). O bien diferenciar, como hace Mannheim, entre intelectuales que han experimentado una movilidad social ascendente (lo que con frecuencia da lugar a una filosofía individual y heroica del éxito), e intelectuales que han sido desplazados de posiciones socialmente mejor compensadas o han sido detenidos en su ascenso, y que suelen tender hacia el aislamiento y la glorificación de sí mismos (91). No veo razones por las que los intelectuales no puedan colaborar con el poder, como relata Schlesinger refiriéndose al equipo Kennedy (92), o con los sindicatos obreros, en cualquiera de las formas en que ha sugerido Mills (93). Habrá intelectuales burocráticos e intelectuales no comprometidos, como señala Merton (94).

Es decir, en mi opinión, los intelectuales no sólo no constituyen una clase social, ni un estrato, ni una capa, sino que constituyen una cierta heterogeneidad. Si acaso, convendría en que, estén donde estén, deben tratar de mantener su libertad e independencia para la crítica de su propia sociedad, incluidos ellos mismos.

Decía Sartre, en un reciente artículo sobre la problemática del intelectual después de la revolución de mayo, que «en el intelectual se da la contradicción de que el conjunto de sus conocimientos es conceptual, es decir, universal, pero nunca sirve a todos los hombres; sirve, en el conjunto de los países capitalistas, sobre todo, a ciertas categorías de personas que pertenecen a las clases dirigentes y a sus aliados» (95). Por eso, la revolución de mayo a quien contestaba realmente era a los intelectuales, y propone reeducar a los intelectuales haciéndoles trabajar en las fábricas, para que aprendan a comprender lo universal que es deseado por las masas en la realidad.

Según Morin, puede que «Marx desmitificara al intelectual, pero el marxismo se ha convertido en el mito del intelectual de izquierda, quien, ignorándolo todo de la realidad sociológica en que vive, cree conocerla contentándose con repetir algunas fórmulas sobre el capitalismo y el socialismo» (96).

La hora actual parece ser crítica. Si hacemos caso a Sartre, habría que enviar a los intelectuales a las fábricas. Si escuchamos a Fougeyrollas, «hay que desacralizar la cuestión de los intelectuales, evitando tratarla con espíritu fetichista, como si éstos fueran profetas, ni con encono, que suele ser síntoma de mentalidad favorable a la opresión» (97). Es preciso, señala este autor, que «allí donde la sociedad haya alcanzado un nivel democrático mínimo, los intelectuales sean especialistas en sus dominios específicos y acepten ser ciudadanos entre otros ciudadanos en lo que se refiere a la vida política y a sus problemas» (98). Según Morin, se ha producido la ruptura en el seno de la «intelligentsia», pues los intelectuales ya no tienen acceso a un saber disperso en múltiples especializaciones, ni los técnicos tienen acceso a la conciencia global, por lo que prevé durante algún tiempo «un período intelectualmente oscuro, en el que ni la «intelligentsia» técnica ni la literaria podrán segregar de manera suficiente los antídotos críticos para las pretensiones tanto de los aparatos políticos como

(90) C. W. MILLS: "Arte, ciencia e intelecto" en *De hombres sociales...*, op. cit., pág. 94.

(91) K. MANNHEIM: *Ensayos de Sociología de la cultura*, op. cit., págs. 201-209.

(92) ARTHUR SCHLESINGER: "L'intellectuel américain et l'action politique", *Revue Politique et Parlementaire*, junio 1970, págs. 27-38.

(93) Estos cuatro tipos son: 1) el empleado o miembro activo de un tercer partido, que actúa como publicista y político dentro del sindicato; 2) los miembros de la plana mayor de líderes obreros; 3) el intelectual que trabaja en una agencia del Gobierno relacionada con los sindicatos obreros; 4) el investigador independiente. C. W. MILLS: "El intelectual y el líder obrero", en *De hombres sociales...*, op. cit., págs. 158 y ss.

(94) R. K. MERTON: "Role of the intellectual in public bureaucracy", en *Social Theory and Social Structure*, op. cit., págs. 207-224.

(95) "Jean Paul Sartre: L'ami du peuple", *L'Idiot International*, sept. 1970, citado por Alfonso Sastre, "Sartre: Crítica del intelectual clásico", *Triunfo*, 17 octubre 1970, págs. 12-14.

(96) E. MORIN: "Intelectuales...", op. cit., pág. 104.

(97) P. FOUGEYROLLAS: "La palabra intelectual", op. cit., pág. 133.

(98) *Ibid.*, pág. 133.

de los mitos de la vida social» (99). Todas estas visiones apocalípticas parecerían llevarnos a creer, como recuerda Guée, que Occidente ha cerrado un círculo ratificando la célebre profecía de Platón: «Será el gobierno de los filósofos o nada». Y ha sido nada (100).

Creo, sin embargo, que no hay razones para pensar de manera tan pesimista. Primero porque, como señala Lefort, quizá los intelectuales estén colocados actualmente en una situación que les permita desempeñar un papel nuevo sobre el escenario de la Historia, y que, a partir de mayo de 1968, esté surgiendo una nueva «intelligentsia» creada en el marco de grandes unidades de producción que se encargan de funciones que requieren un cierto aprendizaje intelectual (101). En segundo lugar, porque creo, con Mannheim, que los intelectuales pueden influir sobre el curso de la Historia. Y termino, precisamente, con una cita algo extensa, pero expresiva, de tan penetrante sociólogo: «La sociedad determina las alternativas, pero las minorías pueden desempeñar su función, eligiendo alguna de ellas. Que los intelectuales sean una de esas minorías depende parcialmente de ellos. Es cierto que, como grupo, no dominan el poder ni los recursos... ¿Qué puede hacer el intelectual entonces? Ante todo, que haga balance de sus limitaciones y posibilidades. Su capa social no está por encima de los partidos políticos ni de los intereses particulares, pero ningún programa político ni promesa económica puede soldarla dentro de un grupo activo... Un grupo como la «intelligentsia» abdica sólo cuando renuncia a la conciencia de sí mismo y a su capacidad para llevar a cabo su cometido en su propio estilo peculiar. No puede construirse una ideología propia de grupo. **Debe seguir siendo el crítico de sí mismo y de todos los otros grupos**» (102).

(99) E. MORIN: "Intelectuales...", *op. cit.*, pág. 107.

(100) D. GUÉE: "Inteligencia y pensamiento", *op. cit.*, pág. 17.

(101) CLAUDE LEFORT: "¿Qué es la burocracia?", en *Los intelectuales en la Sociedad moderna*, Ruedo Ibérico, París, 1970, págs. 283-286.

(102) K. MANNHEIM: *Ensayos de Sociología de la cultura*, *op. cit.*, págs. 238-240.